
MANSEDUMBRE.

Omnes ostendentes mansuetudinem ad omnes homines.

Tratemos á todos los hombres con toda la mansedumbre posible.

(TIT. III, 2.)

Entre todas las pasiones humanas, una de las más feas es sin duda la de la ira. El iracundo echa fuego por los ojos, espumarajos por la boca, resoplidos por la nariz, sus dientes rechinan, su rostro se altera y sus miembros todos se estremecen agitados por la tempestad del espíritu. En tan grande excitacion, cada palabra es una amenaza, cada accion un arrebató violento, el hombre se convierte en una especie de fiera. ¿Y qué ventajas reporta de todo esto? La aversion de los unos, la irrisión de los otros, el menosprecio de todos; disgustos y enfermedades unas veces, otras veces castigos afrentosos, y siempre un cruelísimo remordimiento de conciencia. Aunque no tan violenta como la ira, es empero tambien repugnante y enojosa la impaciencia de un ánimo inquieto, que á la menor contrariedad, causada por los hombres ó por las cosas, cual niño que chilla y pateá por el más leve motivo, irritase, y prorumpe en amargas quejas y recriminaciones contra sí mismo y contra los otros. Del iracundo huyen las gentes como de la culebra que acomete, irguiendo la cabeza y escupiendo mortal veneno; y del impaciente, como de la avispa, la cual aunque ménos ponzoñosa, no deja con todo de causar dolorosa herida clavando su aguijon. Semejante á la ira es por su naturaleza el odio, que lento, hondo, implacable se abriga dentro del pecho; á cuyo influjo anúblase la frente, arrúganse las cejas, pónense torvos los ojos, y el entendimiento solo medita venganzas, estragos y ruinas. La ira estalla como el rayo que súbitamente rasga la nube de donde parte: el odio es como fuego subterráneo que va minando el suelo que pisamos, y en la hora ménos pensada abre á nuestros piés un abismo que nos traga. Con la impaciencia tiene mucha relacion el menosprecio; pero éste es más duro, injurioso y agresivo, más altanero cuando habla y más amenazador cuando calla. Y así como la ira engendra mu-

chas veces el odio, así tambien de la impaciencia nace con frecuencia el menosprecio; inúcuas pasiones que una aprension falsa ó exagerada del mal suscita y fomenta dentro de nosotros, y cuyo origen está en el orgullo, primera y única causa de todos nuestros excesos.

Oh vosotros que despreciáis la mansedumbre, considerándola como patrimonio de los débiles, ¡cuán léjos estais de la verdad! La mansedumbre no es debilidad; al contrario, es grandeza de ánimo, propia tan solo de los que tienen una fé robusta y una razon serena. Nacida del sentimiento de nuestros defectos y necesidades, tiene la humildad por origen y por término la caridad. Virtud agradable á Dios y á los hombres, arrastra en pos de sí todos los corazones, y su triunfo es tanto más hermoso, en cuanto se concilia el amor de aquellos mismos á quienes somete. ¡Oh divina virtud, que compadesces la ajena flaqueza, perdonas las injurias y amas á todos como hermanos! ven y deja que te ofrezca con toda la efusion de mi alma el debido tributo de alabanza, y que imprima en el ánimo de los que me escuchan el divino sello de tu hermosura y santidad.

La mansedumbre, hermanos míos, es, segun me propongo demostraroslo en el presente discurso, necesaria al hombre que vive en comunión con sus semejantes, é indispensable al cristiano que milita bajo las banderas de aquel Rey pacífico que dijo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallareis reposo para vuestras almas. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Ante todo conviene advertir, que la mansedumbre es una virtud sencilla y modesta, sin ninguna ostentacion ni aparato exterior. El hombre verdaderamente manso huye de la vanagloria, escollo donde naufragán muchas virtudes, recordando el ejemplo de aquellos soberbios fariseos de que nos habla el Evangelio, que repartían limosnas á son de trompeta, y los cuales, á juicio del Maestro infalible, estaban ya bastante recompensados con el aplauso mundano que ambicionaban. ¡Cuántas veces el vano deseo de adquirir fama entre los hombres induce á ciertos actos que, merced á la pomposidad de que se revisten, y á ciertos esfuerzos de voluntad con que se llevan á cabo, parecen rasgos de virtud que fascinan y entusiasman al vulgo! Pero la bondad del fruto no debe apreciarse por el aspecto de la corteza. En el corazón es donde está el seguro indicio de toda verdadera virtud; y mal se hubiera provisto al decoro y á la honra de ella, si su mérito debiese apreciarse únicamente por su exterioridad. ¿Qué sería entónces de tantas y tantas virtudes privadas cuyo mérito, sin embargo de ser inestimable bajo el punto de vista de la religion y de

la moral, queda sepultado en el silencio y la oscuridad? Llor y bendicion, pues, á aquellas modestas quanto firmes virtudes que no esperan por recompensa las ajenas alabanzas, que huyen de toda vana ostentacion, y á las cuales el justísimo apreciador de las acciones secretas, el Dios de los corazones reserva, una inmarcesible corona de gloria. A pocos es dado sobresalir en la práctica de las virtudes; porque por punto general, las grandes acciones virtuosas dependen, más que de la nobleza y generosidad del alma, de un raro concurso de circunstancias favorables á su ejecucion. No así sucede con la mansedumbre, que por la humildad de su naturaleza y la sencillez de sus formas se adapta igualmente á todo lugar y tiempo y á toda clase de personas.

He dicho que la mansedumbre es necesaria al hombre que vive en comunion con sus semejantes. En efecto, ¿qué viene á ser la sociedad? Un sistema de vida fundado en la prestacion de mútuos auxilios y servicios, en una combinacion de derechos y deberes recíprocos, segun la cual, si por una parte alcanzamos muchos beneficios y goces, por otra parte es menester que nos resignemos á sufrir algunas pérdidas y privaciones. ¡Oh admirable providencia del supremo Autor y Conservador de la humana sociedad! Nosotros somos todos por naturaleza semejantes y desiguales. Si esta desigualdad fuese mayor de lo que comunmente es, los hombres, en vez de estar unidos por los vínculos de una recíproca utilidad, se separarian y alejarian unos de otros por efecto de una invencible oposicion de intereses; y si, por el contrario, fueran todos exactamente iguales, la demasiada correspondencia, por no decir identidad de necesidades, haria imposible el mútuo cambio de servicios que vivifica y ennoblece la vida humana. Hay, pues, entre los hombres desigualdades de naturaleza, de educacion, de fortuna; pero de tal suerte dispuestas y coordinadas, que léjos de perturbar la concordia civil, la consolidan; á manera de aquellas disonancias musicales con que un hábil compositor realza la belleza y dulzura de ciertas armonías. Así como la justicia forma la base del maravilloso edificio de la comunion social, la mansedumbre, que es parte de la caridad, forma, por decirlo así, su remate. Porque, si bien la justicia puede prohibir y castigar aquellos actos con que se infiere grave y evidente daño al prójimo, manteniendo de este modo los derechos y la propiedad de todos en general y de cada uno en particular; hay, empero, muchísimos defectos, como la descortesía, los arranques de mal humor, la ingratitud y otros excesos semejantes, que por su poca gravedad ó por su carácter puramente moral, no están sujetos á la jurisdiccion de los jueces ni á la sancion de las

leyes; y éstos deben encomendarse á la caridad para que procure corregirlos, y á la mansedumbre para que los tolere y perdone. Salga al desierto, guarézcase en los bosques y en las concavidades de los peñascos el que no quiera ser tolerante, y aún así, se verá en mil casos precisado á tolerarse á sí mismo.

Es, pues, la mansedumbre una virtud doméstica que está siempre con nosotros, nos acompaña á donde quiera que vayamos, y nos hace experimentar principalmente sus saludables efectos en las condiciones más familiares y comunes de la vida. En medio de la multitud de accidentes que interior y exteriormente nos agitan y afligen, ella nos eleva hasta aquella pura y tranquila region del amor, donde reina una constante serenidad, y desde la cual podemos contemplar sin peligro ni inquietud las tempestades que rugen á nuestros piés. Lo que con relacion á nuestro cuerpo es un aire puro, un cielo sereno y un sol vivificante, es con respecto á nuestra alma la mansedumbre. La aspereza de carácter cubre de negras sombras nuestro espíritu y lo envuelve todo en una triste oscuridad; á semejanza del agua turbia é inquieta, que cambia y desfigura la imágen de los objetos que en ella se reflejan. Os lo demostraré con un ejemplo. Ved aquella suntuosa mesa, donde no obstante la riqueza del servicio, la abundancia y delicadeza de los manjares y el solícito esmero de los criados, obsérvese en el semblante de todos la más sombría tristeza: los convidados están silenciosos; la esposa apenas puede contener las lágrimas que se asoman á sus ojos; los hijos demuestran en su continente el sobresalto y el temor que embarga su espíritu. Y esto ¿por qué? Porque el severo aspecto y la faz ceñuda del que preside el banquete ahuyenta la alegría de todos los corazones, y convierte en amargura aquel dulce lenitivo que Dios nos ha dado para aliento y consuelo de la vida. Este es, por desgracia, el defecto de muchos padres y señores, que sea cual fuere la causa de su mal humor, lo derraman sin miramiento ni oportunidad sobre cuantos les rodean; y de esta manera, en vez de corregir á los otros, se pervierten á sí propios; excitan la compasion y la indulgencia en favor de los culpables, se acarrear la aversion y el menosprecio ajenos, y, para decirlo de una vez, hacen injusta la justicia misma. Tales son las fatales consecuencias de la falta de mansedumbre. Por el contrario, el carácter dulce y afable es cual manso y trasparente arroyuelo, á cuyo paso nacen las flores, alégranse las márgenes, y los prados se visten de verdura, y cuyas límpidas aguas reflejan los objetos en toda su verdad; de manera, que el fatigado viajero, sentado á su orilla, contempla en él, como en un espejo, el ameno paisaje que desde allí se descubre. Así que, el hombre

manso es la delicia, el consuelo y el amor de los otros hombres. Con aquella blandura propia de la paciencia, se amolda á todos los caracteres; acoge con benignidad, escucha con interés, condesciende con facilidad; no se pára en vanos puntillos de amor propio; ni exige con severidad, ni manda con altivez; sinó que con la humildad propia del corazón magnánimo, tolera y disimula, compadece y perdona. Por esto dice el Sábio: Conserva, hijo, tu alma en mansedumbre y dale honra según su merecimiento.

Pero el mundo, direis tal vez, está lleno de importunos, indiscretos, caprichosos, soberbios é ingratos que á cada instante nos zahieren y provocan, y á quienes hay que tratar con alguna dureza, si no queremos ser víctimas de nuestra propia bondad. Este es, hermanos míos, un deplorable error; pues por lo mismo que nuestros hermanos son frágiles é imperfectos, debemos nosotros ser para con ellos compasivos y mansos. El hombre sano no necesita los auxilios del médico, pero, sí, el enfermo, dice aquel Verbo de verdad, que nos ha llamado á la posesion de un reino que es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo. La fragilidad comun á todos los hombres, es una gran leccion de indulgencia, y una recomendacion poderosa en favor de los ménos perfectos. Sea en buen hora intolerante y severo con sus hermanos el que no les haya dado nunca algun justo motivo de resentimiento; pero, el que á su vez fuere culpable, y lo somos todos, considere la tolerancia y el perdon como el pago de una deuda contraida en favor del prójimo.

Hombres altivos, ariscos y quisquillosos, que no quereis compadecer las debilidades de vuestros prójimos; ¿quiénes sois vosotros para pretender eximiros de la ley general de la caridad? ¿Tan buenos y perfectos sois, que no necesiteis de la compasion y tolerancia ajenas? ¿O deberemos más bien decir de vosotros, que so color de celo pretendéis supeditar á vuestros hermanos, y que viendo la paja en el ojo extraño, no veis la viga en el vuestro propio? Moderad la impetuosidad de vuestro celo, y sed pacientes y mansos, dice el celosísimo Apóstol de las naciones. Temo mucho que vuestro celo no procede de lo alto; porque donde hay orgullo y envidia, no puede haber virtud ni santidad. El celo que viene de arriba es puro, pacífico, moderado, misericordioso, exento de pasion y de parcialidad. Pero, vosotros sois envidiosos y soberbios más bien que celosos. El verdadero celo no se opone á la caridad: trabaja y se afana por conseguir la salvacion del prójimo; desea edificar, y no destruir. No busca con nimia escrupulosidad los defectos ajenos: ántes al contrario, los cubre, si puede, con el manto de la piedad. Enemigo del mal, lo deplora, si; mas no

lo divulga en perjuicio del prójimo. El celo amargo, indiscreto, daña en vez de aprovechar, pues, metiendo la mano en la podredumbre, aumenta su corrupcion y la fetidez de sus emanaciones. ¿Has oido alguna palabra contra tu prójimo? dice el profeta; pues sepúltala y ahógala dentro de tí: mas el necio, como mujer aquejada de los dolores de parto, no puede ménos de propalarla. Por lo demás, oyentes míos, por puros, íntegros é immaculados que seais, si quereis merecer el nombre de verdaderos cristianos, es menester que con suave mansedumbre compadezcáis á los débiles y tolereis sus defectos; y es necesario tambien que perdoneis las ofensas que os hagan y que ameís á vuestros mismos enemigos.

2. ¡Oh venganza! ¡palabra terrible y execrable! ¿de qué infernal abismo saliste á sembrar con tus iras el espanto por toda la tierra? ¿á derramar veneno, aguzar puñales homicidas, y á confundir en tu horrible delirio al inocente y al culpable? ¡Inhumana é infame venganza! A pesar de tu presuntuosa arrogancia, eres débil y cobarde, pues que cuando te lanzas ciega al peligro, despreciando el hierro y el fuego, te dejas dominar por la pasion y prestas vasallaje á la tiranía de los sentidos. Cobarde y débil eres, ya que, incapaz de regir las tempestades del espíritu, pierdes el tino y abdicas de tu razon y de tu voluntad. Eres además infeliz y miserable, por cuanto, si no puedes apagar con sangre ajena la sed rabiosa que te devora, ciega de furor, te vuelves contra tí misma, clavas el puñal en tu propio pecho, y con tus sangrientas manos exasperas y agravas la llaga que te consume. Autora de tantos incendios, instrumento y fautora de las maldades humanas, maldita del cielo y de la tierra, huye de nosotros; el mónstruo de la ira te devore, y la justicia de Dios te precipite en los profundos abismos del infierno. Y tú, hermosa, noble y magnánima doctrina del perdon evangélico, descende á nosotros desde el alto trono de la divina misericordia. Porque ¿qué seria del hombre, sujeto á incurrir y á reincidir en el pecado, si no tuviera la esperanza de alcanzar el perdon por medio del arrepentimiento y de la enmienda? ¡Oh! ¿cuán triste é infeliz seria entónces la condicion humana! Y aquel perdon que Dios mismo, fuente de toda justicia y santidad, concede al hombre cuantas veces arrepentido implora su misericordia; ¿lo negará el hombre á quien le ha ofendido ó dañado? El hombre, criatura carnal, ¿odiará á su hermano, y se atreverá después á invocar al Dios de toda caridad? ¿Pedirá que se le perdonen aquellas deudas que él no quiere perdonar á sus propios deudores?

Por otra parte ¿dónde está la grandeza de alma, dónde la nobleza de sentimientos de que tanto blasonamos, si no tenemos valor ni ge-

nerosidad bastantes para perdonar? si cediendo á los estímulos de una pasion feroz, que nos pone al nivel de los brutos, y aún de aquellos que son ménos fuertes y generosos, renunciarnos á la más hermosa de las victorias, el perdon de las injurias? Vencerse á sí mismo, es privilegio de los fuertes: el hombre paciente, dice el Sábio, aventaja al varon esforzado, porque más es dominar el propio corazon que conquistar ciudades.

Pero ¿á qué amontonar argumentos y pruebas cuando tan alto y tan claro nos habla el santo código de la legislacion cristiana? Oid, oid el gran mandamiento del Hijo de Dios. La ley antigua decia: no matarás, y el que matáre, quedará sujeto á juicio. Yo os digo más: quien quiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el Juez le condene. Y el que le injuriare, merecerá que le condene el concilio. Mas quien le llamare fátuo será reo del fuego del infierno. Por tanto si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares de que tu hermano tiene algun resentimiento contra tí, deja allí tu ofrenda, y ve primeramente á reconciliarte con él; y luego ven á ofrecer tu ofrenda al altar, y te será aceptada; porque prefiero la misericordia al sacrificio. Así, pues, amad á vuestros enemigos, prosigue diciendo el Señor, haced bien á los que os aborrecen, bendecid á los que os maldicen, rogad por los que os persiguen y calumnian. Y si alguno os hiere en una mejilla, presentadle la otra; y si os tomare la túnica, dadle tambien la capa. Porque si amais á los que os aman ¿qué recompensa tendreis? Si haceis bien á vuestros bienhechores ¿en qué consistirá vuestro mérito? ¿No hacen lo mismo los gentiles y los pecadores por la esperanza de un premio pasajero? Muy otra ha de ser vuestra recompensa, hijos é imitadores de aquel gran Padre, que hace salir el sol tanto para los buenos como para los malos, y hace llover igualmente sobre los justos y sobre los pecadores, mostrándoos de esta manera, que ama á los que le aborrecen y hace bien á los que le ofenden. Sed, pues, misericordiosos como vuestro Padre celestial: no juzgueis, para que no seais juzgados: no condeneis, y no sereis condenados; perdonad las deudas ajenas, y se os perdonarán las vuestras. De esta manera el Señor hará reinar la paz en la morada de vuestra mansedumbre.

Por tanto, la más hermosa y magnánima venganza es el perdon. En el perdon de las ofensas, la mansedumbre cristiana se eleva hasta el más alto grado de virtud. Ella expele del alma aquel tósigo que la envenena; mata aquel gusano que la roe; apaga aquel fuego que la devora. Con nuestra venganza nosotros aceptamos por buena y legítima la que los demás pueden tomar de nosotros. El que la practica en fa-

vor suyo, la provoca contra de sí; de manera, que la ley divina, prohibiéndonosla severamente, se muestra nuestra más celosa protectora, porque conteniendo nuestros golpes, evita los que tarde ó temprano se asestarian contra nosotros. A muchos amenaza el que á uno injuria; y mal vence quien se arrepiente de la victoria. ¡Ah! callen de una vez los respetos humanos, el falso pundonor y las excepciones iníquas: callen y escuchen la voz de la conciencia. ¿Dónde está la calma, dónde la paz, dónde la satisfaccion de nosotros mismos? ¿En el tumulto de la ira, ó en la quietud de la mansedumbre? ¿En la ruindad de la venganza, ó en la generosidad del perdon? ¿En los recelos, en los temores y asechanzas de la enemistad, ó en la nobleza y lealtad de la reconciliacion? ¡Ah! ¡cuán dulce cosa es abrir los brazos al que se habia alejado de nosotros, y volverle la seguridad que le habia quitado nuestra presencia!

Preguntádselo á José, á sus hermanos, á la corte toda de Faraon, que maravillada y con lágrimas de gozo contempla los tiernos abrazos de la víctima y sus sacrificadores. No os contristeis, no, dice José á sus hermanos, ni os pese de haberme vendido; porque el Señor Dios me ha enviado á vosotros para conservar vuestra vida. No por consejo vuestro, sinó por voluntad de Dios, he sido enviado aquí. ¡Hermosas, dulces y celestiales palabras, que nadie puede oír sin enternecimiento! Y en verdad, no hay nada tan conforme con la humana naturaleza como el amor fraternal; porque escrito está, dulzura del alma es sanidad de huesos. Así como despues de una pavorosa tempestad de vientos, nubes y lluvia, aparece nuevamente la serenidad, rejuveneciéndose y recobrando al parecer nueva vida el cielo y la tierra, así considero yo que sucede tambien con nuestras almas cuando, obediendo á las santas inspiraciones del amor, nos reconciliamos con nuestros hermanos. Por el contrario, el corazon del hombre vengativo es un mar tempestuoso, donde no hay un solo instante de bonanza. Dominado siempre por la negra pasion del odio, la vista, el nombre, la casa, el campo, en una palabra, todo cuanto tiene alguna relacion con su enemigo, le agita, le estremece y martiriza. Acechando sin cesar la ocasion de realizar sus planes de venganza; rabioso, fuera de sí, sediento de sangre enemiga, es víctima de sí mismo; cumpliéndose de esta manera la palabra del divino oráculo, que el pecador es apretado con las ataduras de sus pecados, y castigado con sus propias maldades.

Despojaos, pues, de todo rencor, de toda aversion, de toda malicia, en fin, y no deis lugar á que el sol se ponga sobre vuestra ira. Sed benignos y misericordiosos los unos con los otros, y perdonaos recí-

procamente, así como Dios os ha perdonado en el nombre y por los méritos de su Hijo Jesucristo Señor nuestro. Procurad conservar la unidad en el vínculo de la paz, haciendo que reine la concordia en vuestras almas; porque uno es el Dios Padre de todos, una la fé, uno el bautismo, uno el cuerpo, y uno el espíritu, en el cual somos vivificados, y trasportados de la potestad de las tinieblas al reino del Hijo de Dios. Por tanto, abrazad la caridad de la mansedumbre, porque, como nos lo asegura el Evangelio, los mansos poseerán la tierra mística de promision y gozarán la plenitud de la alegría, que os deseo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

<i>Humilium et mansuetorum semper tibi placuit deprecatio.</i> Judith ix, 16.	Siempre te ha sido acepta la oracion de los humildes y mansos.
<i>Mansueti autem hæreditabunt terram; et delectabuntur in multitudine pacis.</i> Psalm. xxxvi, 11.	Pero los mansos heredarán la tierra, y gozarán de muchísima paz ó prosperidad.
<i>Suscipiens mansuetos Dominus.</i> Psalm. cxlvi, 6.	El Señor es quien ampara á los humildes.
<i>Sapientia et disciplina timor Domini; et quod beneplacitum est illi, fides, et mansuetudo.</i> Eccli. i, 34 et 35.	La sabiduría y la disciplina vienen del temor del Señor, y lo que le agrada, es la fé ó confianza en él, y la mansedumbre.
<i>Fili, in mansuetudine operam tua perfice, et super hominum gloriam diligere.</i> Idem iii, 19.	Hijo, haz tus cosas con mansedumbre, y sobre ser alabado, serás amado de los hombres.
<i>Sedesducum superbiorum destruxit Deus, et sedere fecit mitres pro eis.</i> Idem x, 17.	Derribó Dios los tronos de los príncipes soberbios, y colocó en su lugar á los humildes.
<i>Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.</i> Matth. v, 4.	Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.
<i>Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris.</i> Idem xi, 29.	Aprended de mí, que soy manso, y humilde de corazón; y hallareis el reposo para vuestras almas.
<i>Obsecro vos... ut digne ambulatis, cum omni humilitate, et mansuetudine.</i> Ephes. iv, 1 et 2.	Os conjuro... que os portéis de una manera digna, con toda humildad y mansedumbre.

<i>Sectare vero... patientiam, mansuetudinem.</i> I Tim. vi, 11.	Sigue en todo... la paciencia, la mansedumbre.
<i>Admone illos... non litigiosos esse, sed modestos, omnem ostendentes mansuetudinem ad homines.</i> Tit. iii, 1 et 2.	Amonéstales que... no sean pleiteistas ni pendencieros, sino modestos, tratando á todos los hombres con toda la dulzura posible.
<i>Servum Domini non oportet litigare; sed mansuetum esse ad omnes, docibilem, patientem.</i> II Tim. ii, 24.	Al siervo de Dios no le conviene ó cae bien el altercar; sino ser manso con todos, propio para instruir, sufrido.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Segun se desprende de los Libros santos, Moisés solo fué nombrado caudillo del pueblo escogido, distinguido con tantos prodigios, preservado del furor de los rebeldes por el poder divino y tan amado de Dios, porque era muy manso y humilde: *Erat enim Moyses, dice el sagrado texto, vir mitissimus super omnes homines qui morabantur in terra* (NUMER. XII).

Digna de toda alabanza y propia para desarmar el brazo justiciero de Dios fué la mansedumbre que manifestó David, cuando fugitivo de su corte, perseguido por Absalon y maldecido por Semei, al ver que Abisai iba á cortar la cabeza de aquel atrevido maldiciente, le detuvo diciendo: *Dimittite eum, ut maledicat. Dominus enim precepit ei, ut malediceret David.*

Jesucristo, para animarnos á la práctica de la mansedumbre, se propuso á sí mismo por modelo de esta virtud, diciendo: *Discite à me, quia mitis sum* (MATTH. XI), confirmando sus palabras con muchos ejemplos.

Si tan agradable es á Dios la mansedumbre, y tan útil á las almas que la practican, en cambio la ira es una pasión terrible, que convierte al hombre en una furia y le acarrea infinitos males temporales y espirituales. Véanse los ejemplos que de esta verdad nos presentan Saul (I REG. XVIII). Aman (ESTHER. III) y Antíoco (II MACHAB. VII).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Nihil iracundo homine insuavius, nihil gravius, nihil infes- Nada hay más brusco que un hombre iracundo, nada más pesa-

tius, turpius nihil; sicut contra, nihil iracundi nescio jucundius. S. Chrys. Hom. 29 ad popul.

Fugiamus iram, quæ rationem soffocat, mensuram justitiæ ignorat, solem justitiæ nescit, amicitias rumpit, de facili aufert pacem mentis, sapientiam calcat, sapientes infatuat. S. Aug. Serm. ad Fratr.

Beatus, ac vere felicissimus vir ille est, qui mansuetus est. S. Ephrem, de Vit. et virtut.

Quanta sit iracundiæ culpa pensare possumus, per quam dum mansuetudo amititur, supernæ imaginis similitudo vitiatur. S. Gregor. lib 2 moral.

Magna est virtus, si non lædas á quo læsus es, magna est fortitudo, si etiam læsus remittas; magna est gloria, si cui potuisti nocere parcas. S. Isidr. in Soliloq.

Est nociva bestia (iracundus) sibi nocens, et alios scandalizans; virus mortiferum animam interficiens et Spiritum Sanctum expellens. Cum autem vim irascibilem obtinuit, statim introducit ibi suam familiam, quæ sunt rixæ, furor mentis, contumelia, clamor, indignatio, et blasphemia. S. Bonavent. de pugn. Spir. I. 4.

do, nada más perjudicial ni más feo; al contrario, nada hay más agradable que el hombre que no sabe airarse.

Guardémonos de la ira que oscurece la razon, desconoce la norma de lo justo, no percibe la luz de la justicia, rompe toda amistad, destierra la paz del corazon, desprecia la sabiduría y degrada á los mismos sábios.

El hombre manso es verdaderamente virtuoso y feliz.

La gravedad del pecado de la ira se infiere de que afeamos en nosotros la imágen de Dios, siempre que dejamos de ser mansos y humildes.

Grande será tu virtud no causando perjuicios á quien te los causó; loable tu fortaleza si perdonas á los que te han ofendido; pero muy grande la gloria que adquirirás si perdonas al enemigo, pudiendo haberte vengado de él.

(El iracundo) es un animal tan dañino, que mientras se hace mal á sí, escandaliza á los demás; es una peste mortal que mata al alma alejando de ella al Espíritu Santo. Al dominio de la pasion, le acompañan todas las consecuencias, como las riñas, el furor del entendimiento, la afrenta, la indignacion y la blasfemia.

MARIDOS:

SUS OBLIGACIONES.

Sacramentum hoc magnum est, ego autem dico in Christo et in Ecclesia.

Sacramento es este grande, mas yo hablo con respecto á Cristo y á la Iglesia.

(Eph. v, 32.)

Grandes son los males en que incurren las personas que se casan sin vocacion de Dios, sin buscar más que las riquezas, la nobleza, la hermosura ó algun otro bien temporal, y sin prefijarse los rectos y santos fines con que Dios estableció este santo sacramento; pero las personas que ya están en el santo matrimonio, si practicaron los saludables documentos que les dió la Iglesia al entrar en su estado, deberán vivir tranquilos en él, considerando, que por una gracia particular del Señor se hallan en el estado donde Dios los quiere, reciben las gracias particulares de él para cumplir santamente sus obligaciones, y esperan despues de sus dias una retribucion eterna. Si por desgracia no los practicaron, lloren su pecado. No es suficiente entrar bien en un estado para nuestra salvacion, si no se vive en él con rectitud, pues Júdas y Salomon entraron segun la divina voluntad, el uno en el apostolado, y el otro en el reino, y, sin embargo, perecieron eternamente por no haber correspondido en sus obras á la santidad de su vocacion; por esta causa debemos hoy explicaros las obligaciones de los maridos para con sus mujeres, para que todos procuren cumplirlas, viviendo como corresponde en un estado tan venerable, que es llamado por el Apóstol sacramento grãde: *Sacramentum hoc magnum est.* Entrad desde luego suponiendo la suma importancia de lo que vengo á deciros, porque nada hay más frecuente que las quejas de los maridos contra las mujeres, y los resentimientos de éstas contra sus maridos. Cada uno se persuade que el otro tiene la culpa de las desavenencias domésticas; cada uno cree que él no da motivo para deshonrar el matrimonio de una manera tan escandalosa y tan contraria á la union, paz y concordia en que deben vivir los casados; y ved ya